

tan horrenda que provoca las iras del Altísimo, como la Filosofía de lo inconsciente! No sería mucho que los amigos de la Ciencia desesperasen de sacar algún bien de su cultivo cuando observan que á pesar de los esfuerzos más heroicos y de los trabajos más serios, y á pesar de los resultados más brillantes de la investigación especial, poco más que nada aprovechan las verdades más importantes, y cuando ven cómo se glorifica á la naturaleza para recordar con HARTMANN que toda la existencia es una desgracia.



CAPITULO III

El monismo de la naturaleza.

§ I

La mónada naturaleza y el fundamento que se le da.

519. Incúmbenos todavía examinar una forma moderada del monismo que por su moderación misma no se opone tan de frente á la verdad como las formas hasta aquí discutidas. La doctrina á que nos referimos es aquella que renuncia á identificar la razón primordial de todas las cosas con el mundo, ó cuando menos no insiste con interés particular en semejante unidad panteísta, ó sea ateísta, sino que solamente sustenta la unidad substancial de todo el universo. Los pensadores que siguen esta tendencia no investigan especialmente si la mónada naturaleza comprende á Dios ó no. Mientras que algunos entre ellos se inclinan del lado del panteísmo, hay otros que reconocen explícitamente la substancia del mundo como esencia distinta y dependiente de Dios. Todos ellos, empero, están contentos con una substancia de la naturaleza con tal que sea una en esencia. Cuesta trabajo, y, digámoslo desde luego, es cuestión de exiguo alcance, el deslindar el monismo de la naturaleza del monismo absoluto, pues ya hemos dicho que algunos de sus representantes han insinuado en sus sistemas el panteísmo casi sin advertirlo; pero no sale éste á la escena, ni constituye un principio *esencial* del sistema.

¿Es cierto que la naturaleza de las cosas, tal como en realidad se observa, muestra propiedades que nos precisan, ó siquiera nos autorizan, á concebir á toda la naturaleza como un ser, una substancia, un organismo, de suerte que las substancias singulares,

los hombres, animales, plantas, piedras, deban ser considerados como partes de una sola cosa?

513. Hasta el antiguo milesio TALES han querido remontar algunos la doctrina de la mónada naturaleza, por cuanto enseñó que todo estaba lleno de dioses, debiendo de haber pensado, al decir esto, en la difusión de una alma universal por el mundo entero. Mas es probable que tenga razón ZELLER al expresarse acerca del particular de la manera siguiente: "Que Tales haya comprendido las fuerzas aisladas de la naturaleza y las almas de los seres individuales en la idea del alma universal, no puede presumirse, porque esta idea presupone que la infinita multiplicidad de los fenómenos sea reducida en la unidad en la noción del mundo, y que la fuerza eficiente sea distinguida de la materia y pensada de modo análogo al concepto del espíritu humano, no solamente en los seres individuales, lo cual no habría estado fuera del alcance siquiera de un modo tan sencillo de ver las cosas, sino también en todo el universo: determinaciones ambas que parecen salirse del horizonte estrecho de aquella filosofía primitiva ¹."

Algunos más visos de verosimilitud tiene el pensar que el obscuro HERÁCLITO haya llevado en su mente, aunque de modo vago, la idea de una mónada naturaleza. HERÁCLITO enseña que todo el mundo está dominado por la ley única de lo contrario; de suerte que toda la trabazón cósmica descansa sobre una tensión antitética, como sucede con las armonías que brotan de las cuerdas tendidas en el arpa cuando las tocan las hebras tendidas á su vez en el arco; que lo concorde y lo discorde deben juntarse para que de todo se haga uno así como todo de uno. Lo divino es lo que engendra y quita los contrarios en la serie de sus mutaciones. Todo se une la Divinidad en la armonía del conjunto; aun lo desemejante se junta con ella para la unidad; aun lo que á los hombres parece un mal es un bien para ella, y de todo se origina aquella armonía oculta del mundo con la cual la belleza de las cosas visibles no puede compararse. Todo esto es la ley divina, á la cual todo está sujeto; la *dike* (justicia), cuyo estatuto nada en el mundo puede traspasar; la necesidad que domina en todo. El mismo orden del mundo, pensado como fuerza activa, se apellida la sabiduría gobernadora del mundo ². Empero la doctrina de HERÁCLITO justifica, por lo obscura que es, el sobrenombre que lleva su autor, particularmente si se considera que este filósofo suele expresar sus conceptos en giros poéticos.

¹ Historia de la filosofía de los griegos, tercera edición, tomo I, pág. 176.

² ZELLER, loc. cit., pág. 546 y siguientes.

514. Con toda claridad aparece el monismo de la naturaleza en PLATÓN. Apoyándose en consideraciones de diferentes clases, PLATÓN cree descubrir desde su altura de águila un ser viviente y animado en la totalidad del mundo. A las siguientes líneas generales puede reducirse su raciocinio monista. Toda vez que el mundo había de ser sumamente perfecto según su idea, debió manifestar razón, lo cual no habría podido ser sin alma. Además, aquello que se mueve á sí mismo debe haber sido producido por Dios antes que lo que es movido por otro; por donde lo psíquico debe ser primero que lo corpóreo. Como en el hombre, también en el edificio del mundo el alma debe ser el elemento primero y dominante; la materia empero, el elemento posterior y sirviente. Cuando entonces contemplamos el mundo, se manifiesta en toda su disposición una finalidad tan sin excepción, y sobre todo una regularidad tan admirable en el movimiento de los astros, que no podemos dudar ya de la existencia de la razón gobernadora del mundo. ¿Y dónde habríamos de poner esta razón sino en un alma del mundo? Esta misma razón universal se manifiesta, por último, en nuestro propio espíritu; porque así como en nuestro cuerpo no hay nada que no proceda del mundo de los cuerpos, tampoco podría haber alma en nosotros si no la tuviéramos de un alma del mundo. El alma del mundo es necesaria para unir las ideas universales con los fenómenos sensibles, siendo como tal mediadora incorpórea como la idea, aunque se refiera á lo corpóreo; enfrente de la mutación regulada de los fenómenos del mundo ella representa lo estable, que introduce en el mundo medidas y leyes inmovibles; no está por encima del mundo, antes habita como *alma*, como principio de unidad, en la inmensidad de los espacios, estando enlazada, como causa del movimiento universal, en este movimiento mismo. El alma universal es la fuente de todas las relaciones de número y medida; de ella procede toda armonía en el mundo, así en la música como en el sistema de los cuerpos celestes ¹.

En el sistema de ARISTÓTELES, el alma universal de PLATÓN queda reducida á "matemática", ². La mediación entre lo formal y lo material pierde unidad, vida, substancialidad, y ya no es más que la determinación de las cosas, ordenada según número y medida, la consonancia de las leyes bien definidas que están impresas

¹ Para más detalles consúltese á ZELLER, *Historia de la filosofía de los griegos*, tomo I, pág. 646-661. También en SAN AGUSTÍN encontramos la teoría del alma universal en algunos pasajes (lib. I *De consensu Evangel.*, cap. XXIII, núm. 35; *De Genes. ad lit. imperf.*, cap. IV, núm. 17; lib. I *Retract.*, cap. XI, núm. 4). A propósito de esto conviene recordar esta observación de SANTO TOMÁS: "In multis que ad philosophiam pertinent, Augustinus utitur opinionibus Platónis non asserendo, sed recitando." (*Summ. Theol.*, I, q. 77, a. 5.)

² ZELLER, loc. cit., II, a. pág. 646.

en las cosas naturales. Contentos por otro lado el Estagirita con haber encontrado en la *divinidad* distinta del mundo la razón de todo el orden y racionalidad que aquél revela.

Haciendo los *estoicos*, por su parte, morar á Dios en el mundo, resucitaron el alma universal, pero en forma panteística muy marcada. Dios es, según ellos, la fuerza activa y plástica de la materia, habitando en ella y unida á ella por unión esencial; el mundo es el cuerpo de Dios, y Dios es el alma, la ley universal del mundo, el cual forma un viviente inmenso, pero uno en sí, cuya alma racional es la Divinidad. En cuanto este alma ó fuerza es también corpórea, el estoicismo es materialista. Dios hizo salir de sí á la materia con necesidad forzosa en el principio del mundo, y volverá á incorporársela del modo como se traga uno un manjar.

515. No entra en nuestro plan el pasar revista á todas las ulteriores vicisitudes filosóficas del "alma universal.". Dirijamos, pues, en seguida nuestra mirada á los tiempos modernos.

RALPH CUDWORTH (+ 1688) trató de defender las verdades fundamentales de la Filosofía cristiana, entre otras la Teología, contra los ataques de los sensualistas con erudición brillante. Interpretó la "entelequia", de ARISTÓTELES diciendo que por ella, ó bien por "naturaleza", había entendido un principio de unidad que anima á todas las cosas (*natura genitrix*). En este sentido intentó también entablar ciertas relaciones con la teoría estoica de la naturaleza plástica con sus ideas prolíficas, apoyándose en la armonía que reina en toda la naturaleza (*constantia, ornatus, aequabiles naturae cursus*), lo cual pide un principio interno de dirección con la misma necesidad que el organismo ordinario ¹.

Debemos hacer breve mención también de ANTONIO GÜNTHER. Según la teoría de este autor, como según la de HEGEL, todo el ser está destinado á llegar á ser pensante y esciente; de suerte que la conciencia de sí mismo sería la forma esencial de vida de todo ser. A la vez que el espíritu humano advierte en la conciencia de sí mismo que su ser vive sujeto á condiciones y límites, aprehende por consecuencia inmediata lo incondicionado, lo ilimitado, ó sea á Dios. Después se ve precisado á presuponer una causa real de muchas clases de fenómenos que sea distinta de Dios y del espíritu; tal es el *principio naturaleza*. Lo que HEGEL enseña de todo ser, lo afirma GÜNTHER respecto de este principio, del cual dice que es un principio, una substancia, con relación á la cual todas las producciones de la naturaleza sean como meros fenómenos. No obstante, el ser de la naturaleza, uno en cuanto al número, tiene al mismo tiempo el carácter de ser universal, y así vuelve á encon-

¹ *Système intellectuale*, edit. Mosh., pág. 148 y siguientes.

trarse todo en los diferentes sujetos, del mismo modo que el ser de hombre (la humanidad) es todo en cada individuo humano y puede ser predicado de todo individuo. Luchando por adquirir conciencia de sí misma, la mónada naturaleza se exterioriza, anegándose, sin menoscabo de su unidad numérica (!), en la pluralidad real, y desde este momento es unidad real en la pluralidad real. HEGEL tuvo razón, dice GÜNTHER, en hipostasiar el concepto lógico; sólo que debió haber limitado el concepto lógico hipostasiado á la substancia de la naturaleza con exclusión del ser divino y del ser espiritual. La naturaleza no es otra cosa que el concepto vivificado; este fundamento uno de la vida, el cual abraza los astros del cielo y las piedras de la tierra, las plantas y los animales, no es un todo acabado, sino naciente, *in fieri*, y que pugna por lograr conciencia de sí mismo, en un principio en estado de ebullición y ascensión de todos sus elementos, el cual alcanza en el hombre, donde es *psique*, la cima más alta á que le es dable llegar. A la *psique* descendiendo entonces desde otro mundo más elevado, el espíritu. Como el animal, el vegetal y el mineral, también cada *psique* humana, á la vez fracción, fenómeno y sujeto, no lleva en sí más que un fragmento de todo el fundamento de la vida de la naturaleza; en cuanto fenómeno, es un accidente de este fundamento de la vida; y en cuanto sujeto, lo lleva en sí todo entero é indiviso.

GÜNTHER estuvo, sin duda, animado de las mejores intenciones cuando pretendió neutralizar el veneno del monismo proclamado por la filosofía alemana, combinándolo con la tradicional Filosofía cristiana. Su error consistió en creer que la verdad se hallaba en medio de la verdad y del error. A poco que se medite sobre las ideas del ingenioso pensador, se echará de ver que su sistema es una amalgama de palabrashuecas y contradicciones inconciliables. ¿Cómo hubo de demostrar GÜNTHER que toda la naturaleza pugna por adquirir conciencia de sí misma? Antes de ponerse en camino la mónada de GÜNTHER, toma al mismo tiempo el carácter de abstracta indeterminación y de individualidad concreta. ¡Careciendo de partes, se extiende en partes sin perder su perfecta unidad!

516. Volvamos ahora á la contemplación de aquel monismo de naturaleza que trata de asentar sus cimientos, no en vanas especulaciones, sino en la observación y el estudio de la naturaleza real, pasando en silencio las descripciones de aquellos visionarios naturalistas que creyeron ver en la naturaleza un animal, de manera que las cordilleras se equiparan á los huesos, los ríos á las venas y arterias, la vegetación á la pelambre. Sabido es que la filosofía de SCHELLING fué muy fecunda en semejantes mitos en las cabezas de algunos naturalistas alemanes (entre los cuales se en-

cuenta LORENZO ÖKEN, que, por otra parte, tanto bien mereció de las ciencias naturales).

Quando los físicos y químicos modernos, limitándose á la esfera de su ciencia, tratan de explicar y calcular el modo de verificarse los fenómenos naturales, se figuran cada cosa como una multitud de moléculas, y cada molécula como una multitud inmensa de seres diminutos y separados entre sí; á éstos los pertrechan de diferentes propiedades con denominaciones fijas, según que las necesitan, y dejan también en los intersticios vacíos tomar residencia á no se sabe qué, lo cual no impide el movimiento de los átomos, antes debe considerarse como mediador principal de cuantos movimientos se efectúan en el universo mudo. He aquí la "fuerza.". En cuanto se suscita la ulterior cuestión filosófica del *quid* de las cosas, ó sea cuando se trata de elevarse sobre el respecto químico y físico de las cosas, pocos sabios hay que se contenten con la pluralidad atomística de ellas con la fuerza que las impulsa, sino los más se acogen á su monismo, creyendo deber admitir un lazo más profundo que las una y contenga todas en una sola unidad. Opinan que una pluralidad absoluta de átomos no puede de ningún modo ser el sujeto de la determinada é indivisa regularidad, y del plan y designio que se manifiesta en todas las cosas naturales, y tienen ésta por la razón más excelente, ya para identificarlo todo con un ser uno, que llaman "Dios, en sentido panteísta, ó "naturaleza, en sentido monista, ya para considerar, á manera de HEGEL, á la "idea, como lo único que tiene ser verdadero y real; á la naturaleza, empero, á causa de su dispersión "desenfrenada, la tienen por apariencia fútil y vana, siquiera no atribuyan singular importancia á estas locuciones.

En vano buscaríamos entre los monistas de fecha reciente una exposición algún tanto detallada de su sistema del mundo, porque se contentan con desenvolover todos los seres vivientes, incluso el hombre, de una misma substancia viscosa protoplástica, apelando para encubrir lo irracional de este procedimiento al monismo como si éste fuera una cosa probada ó evidente. Tenemos que partir de un poco más atrás. Los dos conocidos físicos GUSTAVO TEODORO FECHNER y JUAN CRISTIAN ÖERSTED, como representantes eminentes de las dos explicaciones que de la construcción del mundo suelen darse actualmente en las ciencias naturales, á saber, la atomística ó minimal, y la dinámistica ó de continuidad, serán los más á propósito para darnos á conocer tan profundamente como deseamos el monismo particular que aquéllas enseñan.

517. FECHNER ha reunido, con más exactitud que ningún otro antes y después de él, las razones que pueden alegarse á favor de la teoría atómica tal como la sostienen los físicos; pero es dema-

siado pensador para buscar en semejante pluralidad una explicación filosófica de la naturaleza.

"La atomística moderna, dice, no halla vínculo en la materia ni lo busca en ella, pero sí *por encima* de la materia, en una ley que domina en toda materia, que rige sus movimientos y constituye la unidad de sus fuerzas, sin impedir que se reconozca el punto de vista superior del enlace de la existencia en una unidad *espiritual* ¹.". "Aunque muchas cosas se ligan mutuamente en el mundo, Dios es el que lo junta absolutamente todo en su lazo ².". "Indudablemente la atomística, como las ciencias físicas en general, de las cuales es una rama, lleva consigo el peligro de perder de vista á Dios y á lo que tiene relación con Dios, en aquel que olvida que la atomística y la última trabazón del mundo *material* no toca á la *unidad ideal*, al remate ni á la *esencia de las cosas*, ó bien en el que descuida ó cree excluido uno por lo otro ³.". "Aquello que existe por sí sólo no es nada que tenga existencia fuera de toda esta apariencia, sino que es la totalidad que encierra toda esta apariencia en sí misma, y no lleva ni prueba su existencia sino en la conexión de los fenómenos ⁴.". "Partiendo del concepto de fuerza, FECHNER llega al mismo resultado. Encuentra que la fuerza tiene por fundamento una ley, y más profundamente una razón de la ley, esto es, un elemento de terminante (al modo de aquel que los peripatéticos llamaban forma). "Si en alguna parte reside la fuerza, es en la ley ⁵.". "La teleología es immanente en el sistema de las fuerzas ó leyes del mundo ⁶.". Juzga que no tiene importancia ninguna la distinción establecida entre el mundo orgánico y el inorgánico, "por cuanto se puede concebir el mundo entero como relacionado con un Dios consciente, y las ideas teleológicas, en cuanto pueden considerarse como eficaces, no pueden llegar á serlo sino en el sentido de la legalidad vigente, ⁷. En todo el mundo cree descubrir una tendencia eficaz en dirección á lo mejor, para lo cual "las fuerzas materiales sujetas á la voluntad han de entrar en juego, por cuanto tienen que modificar las condiciones de las bases materiales de la fuerza espiritual en el sentido de las tendencias que ésta les imprime, con atención á la índole teleológica de las fuerzas naturales, ⁸.

¹ La atomística física y filosófica, tercera edición, pág. 85.

² Loc. cit., pág. 82.

³ Loc. cit., pág. 91.

⁴ Loc. cit., pág. 112.

⁵ Loc. cit., pág. 121.

⁶ Loc. cit., pág. 128.

⁷ Loc. cit., pág. 130.

⁸ Loc. cit., pág. 134.

"Nada impide poner la totalidad de todo cuanto acaece, y por consiguiente la causa real de todas las cosas y de todos los sucesos, en una conciencia única, eterna, ilimitada, la cual engendra de sí y vuelve á acoger en sí todo lo que aparece en el tiempo, y cuya unidad es el sostén, centro y nudo vital de todas las cosas".

Exactamente las mismas ideas había manifestado FECHNER en su obra más extensa, que intituló *Zend-Avesta*. "Debemos atribuir, no á la profundidad de las cosas, sino á la superficialidad de nuestras miradas, el que algo no nos parezca bien acorde ni unido en el mundo". Recuerda la ley universal de gravitación que abarca todos los cuerpos celestes aquí y á millones de leguas lejos de nuestro globo, así hoy como antes y después de millares de años, de manera que se mueven y giran siempre y en todos los lugares con arreglo á determinadas relaciones. "El acuerdo de la ley consigo misma no se rompe en la multiplicidad y variedad de las circunstancias y sucesos en que domina; no se desquicia ni se dispersa al singularizarse y concretarse de mil diversas maneras, como una planta no se fracciona al desplegar variedad lozana de hojas y flores." "La fuerza no obra sino en el sentido de esta ley." Después el investigador filósofo se eleva al establecimiento de una ley *suprema*, reconociendo en el dominio que ésta ejerce "un ser uno en sí, eterno, omnipresente y autor de toda realidad".

En resumen: el resultado de la expresión de FECHNER puede formularse diciendo: todas las cosas son contenidas en la unidad de una esencia por un solo ser, por una sola forma; la naturaleza es un cuerpo animado por el espíritu de Dios. "No hay ni en la naturaleza ni en nuestro cuerpo ningún intersticio en donde éntre el espíritu de Dios para impulsar el movimiento de las palancas corpóreas de la naturaleza; nada hay, por mínimo que sea, cuyas veves pueda hacer el espíritu; pero todo el mecanismo corpóreo no tiene vida sin el espíritu, ni el mecanismo de nuestro cuerpo ni el de naturaleza; cada palanca baja y sube únicamente por ser una parte de toda la máquina animada. El espíritu no tira del carro de la naturaleza como caballo que va delante del vehículo que arrastra, ni lo empuja como un bulto de mercancías; si no hubiese alma, tendríamos una mole inerte que se descompondría como un caballo muerto".

Podemos hacer abstracción en este lugar del sabor panteístico de la teoría de FECHNER, que lo que nos interesa es su modo de construir un monismo de la naturaleza partiendo de los hechos que ésta le suministra. También merece nuestra atención

¹ *La atomística física y filosófica*, pág. 143.

² *Zend-Avesta*, tomo I, pág. 338.

³ *Loc. cit.*, pág. 441.

—de paso sea dicho—el que el célebre físico se figura la relación entre su alma universal y el cuerpo del mundo casi del mismo modo que los peripatéticos concebían y representaban la que existe entre el cuerpo y el alma, la materia y la forma, en todo organismo.

518. Los naturalistas que no conciben, como FECHNER, el mundo de los cuerpos como compuesto de átomos discontinuos, sino, en el sentido de KANT, como un sistema dinámico uno y continuo, no se afanan por establecer la unidad del mundo. Representante insigne de esta tendencia es OERSTED.

Este sabio, que goza de reputación universal merced á sus numerosos descubrimientos (relativos á la pila termoeléctrica, al electromagnetismo, á la luz, etc.), hace descansar la esencia de las cosas exclusivamente en "las *ideas naturales* que en ellas se expresan y manifiestan, porque ninguna puede tener una esencia concluida y una en sí sino á condición de que todas las notas naturales en ella expresadas vengan á reunirse en un concepto esencial que llamamos su *idea*". La esencia de una cosa es, por lo tanto, su idea viviente; en las cosas sumamente diversas encontramos los mismos elementos; por ejemplo, la Ciencia ha demostrado que ciertas plantas venenosas y las que sirven de alimento sano no se diferencian muy mucho en cuanto á las substancias elementales de que están formadas, pero sí por el modo como éstas se han combinado en las unas y las otras, esto es, por las ideas naturales realizadas en ellas. "Las cosas se encuentran en una transición continua de un estado á otro, en un génesis incesante, naciendo de las mismas substancias con auxilio de las mismas fuerzas; la materia misma no es otra cosa que el *espacio llenado mediante las fuerzas elementales*, lo que confiere á las cosas sus peculiaridades inalterables, y por lo tanto, las leyes conforme á las que son producidas; y como quiera que todas las leyes que rigen en la naturaleza constituyen é integran una unidad, todo el mundo viene á ser la expresión de una idea infinita y que lo abarca todo, la cual se identifica con una razón infinita que vive y obra en todo lo que existe".

¹ *El espíritu en la naturaleza*. Traducción alemana por Kannegiesser, pág. 33.

² "Las ciencias naturales y la educación del espíritu (*Naturwissenschaften und Geistesbildung*), pág. 8.—Para que se entiendan mejor los pasajes arriba transcritos, vamos á copiar algunos más de las obras de OERSTED. "Figúrosc la razón eterna, infinita, en la cual están contenidas todas las leyes de la existencia; gracias á ella cada cosa tiene todo su carácter peculiar, su forma entera; pero aquello que da el ser á las cosas es la fuerza creadora; no por eso la razón y la fuerza, potencias creadoras ambas, son dos cosas distintas" (*Las ciencias naturales y el arte poético y la religión*, página 64.) "Toda la naturaleza, con todo lo que en ella pudiera parecer muerto ó mole inalterable, se revela como actividad á quien la estudia más profundamente." (*Nuevas consideraciones sobre el espíritu en la naturaleza*, pág. 104.) "Las leyes naturales son lo mismo que la razón en la naturaleza;

§ II

Refutación de los argumentos aducidos.

519. En el párrafo antecedente hemos explanado la significación del monismo científico-natural, y expuesto las razones con las que se le ha pretendido demostrar, y ya hemos advertido que encierra no pocas y valiosas verdades; pero, por más que reconocamos éstas, no dejamos de desecharlo en cuanto sistema. Comencemos, pues, por extraer de él las afirmaciones que sin recelo podemos hacer nuestras.

Si estos expertos naturalistas no han perdido, á fuerza de hacer exactas observaciones relativas á los procesos materiales, la capacidad de apreciar la importancia del papel que hacen en la naturaleza *el orden, la ley y el fin*, demuestran que no se parecen á aquel matemático francés de quien cuentan que, después de haber leído una de las obras maestras de Racine, preguntó con un gesto despreciativo: *¿Qué es-ce que cela prouve?* ¿Qué prueba eso? Están en lo cierto si les parece haber en el mundo todavía otra cosa que mutaciones materiales accesibles al cálculo. ¿O hemos de negar á aquellos elementos ideales y formales la realidad externa que no vacilamos en reconocer á la materia? ¿Hemos de concebirlas á lo KANT, como formas puramente subjetivas? ¿No debemos, por el contrario, reconocer que aquel determinado *asi y no de otra manera*, sin el cual no se verificaría nada como debe, ni se alcanzaría ningún fin, tiene un fundamento real en la naturaleza lo mismo que el cambio de lugar y movimiento ligado con cierto ruido? Merece, pues, aplausos sinceros quien, contemplando la naturaleza con espíritu verdaderamente filosófico, no emplea la agudeza de su entendimiento solamente en calcular lo que está al alcance de los sentidos, sino que fija la vista del espíritu también en lo *αὐτὸ καλόν*, en la bondad y la belleza, según decían los griegos, ó

las leyes naturales del movimiento son verdaderas leyes de la razón; toda colección de leyes naturales nos parece tanto más ser una cadena de leyes de la razón cuanto más perfectamente hemos acertado á penetrar en la naturaleza respecto de las mismas. Toda vez que la esencia de toda cosa consiste en el modo como se producen en ella los efectos, la esencia de toda cosa descansa en la razón que en ella se manifiesta; y como todas las leyes de la naturaleza juntas constituyen una unidad, el mundo es una unidad que abraza todas las cosas y las tiene necesariamente unidas entre sí. La razón es la esencia intrínseca del mundo. Lo que hemos llamado esencia de la naturaleza es un ser infinito, siempre presente y eterno, «la razón omnipotente, autora y conservadora del mundo, el misterio grande de la existencia» (*Loc. cit.*, pág. 111).—Téngase presente que estos pasajes son la versión española de la versión alemana del original de OERSTED.—(Advertencia de la Traducción.)

bien en la armonía que realiza la naturaleza, sujetando todos sus recursos y fuerzas á un plan ideal. Este fué también el proceder de los pensadores antiguos.

Muy bien, además, que los beneméritos naturalistas en quienes aquí nos ocupamos traten de meditar en *las cosas mismas* la causa próxima y el sujeto inmediato de la conveniencia y del orden teleológico. Aun el pensador menos versado en este género de cuestiones debe convencerse, á poco que se entere de lo que pasa en ésta, de que las cosas mismas poseen una "naturaleza", esto es, que tienen por razón de su propio ser una propiedad que las determina á ser así, y no de otra manera. Es posible que aun el hombre pensador no *repere* en esto; pero no lo es que con algún viso de razón *niegue* que el orden que reina en la naturaleza procede, al menos en parte, del seno más profundo de las cosas. Por cuanto reconocen este hecho, el grupo de naturalistas filósofos en cuya representación hemos hecho hablar á FECHNER y OERSTED defiende ideas perfectamente peripatéticas.

Hay aún más. Estos mismos sabios se han colocado también en una posición que impone respeto enfrente del materialismo, declarando que consideran la razón de la ley y del orden á que se ajustan las cosas como el elemento *esencial y principal*; la ejecución, empero, ó bien el lado *material*, como elemento *subordinado* á aquel otro. La razón de la disposición ideal domina á la razón de la ejecución mecánica. Así sucede donde quiera que hay ley y orden. No son el peón ni el albañil, en primer término, los que construyen la casa, sino aquel que les facilita los diseños conforme á los que han de edificar. La única diferencia que hay entre este símil y lo que con él queremos ilustrar, es que las obras de los artes y oficios reciben *de fuera* la forma adecuada á su fin, mientras que las cosas naturales llevan *en su ser más profundo* la razón de la ley y del orden á que se sujetan. Por lo demás, tanto en las obras de la naturaleza como en las de la mano ó del ingenio humano, la *forma* directiva es la que domina en la razón por la cual son lo que han de ser según su fin. Si SCHOPENHAUER no hubiese abusado tanto de la palabra "voluntad", y si HARTMANN no hubiese escrito sus fantasías sobre la "idea", sería lícito decir que los dos se habían aproximado á una verdad legítima al enseñar que la tendencia ó propensión á un fin constituye el carácter fundamental de las cosas naturales.

520. Después de esta observación preliminar, vamos á preguntar: ¿Qué tal nos parece la *unidad* en que los sabios á quienes nos referimos cifran el más precioso resultado de sus vigiliass?

Que en la naturaleza ciertas cantidades de partículas de volumen están unidas en unidades de esencia, no es dudoso; antes es

un punto á que daba mucha importancia la filosofía peripatética, acentuándolo mucho en todo tiempo enfrente del atomismo y de otras teorías minimalistas. Unidad de esencia de esta índole debe haber siempre primero allí donde hay conocimiento, ó sea en el hombre y en el animal, porque un ser cognoscitivo es necesariamente uno (núm. 326). Además se supone con justicia en todo organismo una unidad de esencia. Porque aquella tendencia fundamental con la que, á pesar de los azares más diversos y de los obstáculos más variados, un organismo *se busca á sí mismo como uno* en todas sus partes y con todos los procesos químicos y físicos que en ellas se verifican; esta tendencia, que va mucho más allá del simple establecimiento del equilibrio á que aspira la molécula, no puede de ningún modo tener por sujeto una verdadera pluralidad de cosas; antes debemos presuponer en el fondo de todo organismo una unidad que traza su plan, que determina el orden de su desarrollo y domina como un todo en todas sus partes y en todas las funciones de sus partes.

Igualmente las ideas expuestas por los citados naturalistas conducen con necesidad á que debe reconocerse una unidad de esencia en el cuerpo químicamente compuesto (núm. 327). Es verdad que la Química se esfuerza, con celo laudable y éxito grandioso, á demostrarnos que la acción de las substancias compuestas se deriva de la acción de los elementos en ellas contenidos. Pero no es menos cierto que semejantes substancias ostentan un tipo natural con la misma constancia y del mismo modo que las substancias químicamente simples y específicamente distintas entre sí. ¿A qué deben esta peculiaridad típica? No basta para explicarla la simple reunión de las cualidades de los elementos. Con FECHNER debemos buscar la razón de aquel carácter peculiar de la molécula compuesta *por cima de la materia* en una ley que domina en toda la materia rigiendo sus movimientos y centralizando la acción de sus fuerzas en una unidad "ideal", en una *forma* esencial que hace que *lo mucho* esté unido en *un ser*. Con OERSTED podemos hablar de una nueva "idea natural", por ejemplo, cuando comparamos la naturaleza del agua ó de la sal común con la naturaleza del oxígeno y del hidrógeno, del calcio y del cloro. Hasta aquí la concepción monista de la naturaleza no discrepa en nada de la doctrina aristotélica de materia y forma.

Pero ya hemos llegado también al límite de las concesiones. Cuando los partidarios del monismo de la naturaleza pretenden concebir como partes de *un ser uno* todos los seres naturales, ó sea todos los hombres, animales, plantas, y todas las moles, desde el polvo que piso hasta el astro más grande, diciendo como BYRON: "¡No son los montes, olas, cielos, una parte de mí y de mi alma, y

yo una parte de ellos?", no solamente van más allá de la experiencia, sino que, con ser tan elocuentes encomiastas de la experiencia, la desmienten del modo más rotundo.

521. Los naturalistas defensores del monismo no se cansan de ponderar la comunidad del ser, de la substancia, de las fuerzas y leyes que se encuentran en todas las cosas naturales, y la cooperación de todas las cosas á un plan común, descubriendo, según dicen, en todo una consonancia y conexión que les parecen ser indicios irrecusables de una unidad real y efectiva.

Bien está todo eso. Aun los pensadores antiguos fueron inducidos por aquellas consideraciones á reconocer cierta unidad. Pero la cuestión es saber si debemos, ó si nos es siquiera lícito, poner esta unidad *en el universo mismo*. Para resolver esta cuestión será suficiente examinar brevemente los diferentes argumentos de los adversarios de la doctrina escolástica relativa á este extremo.

El "ser", común es, sin duda, uno mismo en todas las cosas. El arrogante corcel es un "ser", el bizarro general que lo monta es un "ser", y no menos el enemigo que le acomete; pero, ¿son por eso estos tres un solo ser? ¿Puede decirse por eso que es *un* agente el que manda en el general, relincha en el caballo y ataca en el enemigo? De ser así, tendríamos que sostener también que por ser árbol todo árbol, y hombre todo hombre, todos los árboles son un árbol, y todos los hombres un solo hombre⁴. Es innegable que la conveniencia de todas las cosas en el ser, como lo explica con profundo raciocinio SANTO TOMÁS, es indicio de la unidad de la causa que las produjo; la distinción, empero, y aun la división en el ser, que no es menos manifiesta que la conveniencia, indica con igual energía que la primitiva causa *una* del ser debe buscarse fuera de las cosas singulares.

Apelando al hecho de que una misma "materia", constituye la base de todas las cosas naturales, se afirma la unidad de toda la naturaleza. Mas esta identidad de la materia no demuestra más que una *conexión* física, cierta *concordancia*, pero ninguna *unidad*. La inmensa importancia de la teoría atómica, tal como la establecen las ciencias Física y Química, consiste en que, en contraposición al dinamismo de KANT, señala con irrecusable certeza *partes* efectivas en la materia, cuyo ser material es siempre *distinto*, por consiguiente separable, y muy á menudo es separado y diviso. Por esta razón la materia no es, á pesar de su homogeneidad, ningún principio que congrege y una, sino más bien, por ser compuesta, extensa y divisa, principio que divide, disgrega y *multiplica*.

⁴ KLEUTGEN, *Filosofía de la antigüedad*, números 638, 769.

¿Acaso puede invocarse con más razón la unidad de la fuerza, cuya acción abarca todo el universo, en favor de la unidad del mundo? No se olvide por de pronto que "la fuerza, es una abstracción, ya que la realidad externa posee solamente fuerzas. Lejos de que la experiencia suministre dato alguno que favorezca la suposición de una fuerza como realidad una en sí, prueba más bien que la fuerza es tan individualmente distinta, ó al menos tan divisible como la substancia en la cual se manifiesta. "Ciertas locuciones algo usuales, observa WIGAND, sugieren la ilusión de que haya en la naturaleza una ó más fuentes universales de fuerza (atracción, electricidad, calor), de las cuales los diferentes seres naturales toman su fuerza impulsiva, del modo como los diferentes aparatos de una fábrica son movidos por una común máquina ó vapor. Pero no es así; antes todo cuerpo natural, y hasta todo átomo de la materia, tiene en su propia individualidad su manantial de fuerza". El ensayo de reducir todas las fuerzas á movimiento ó á un equivalente de movimiento, no altera en nada la significación de este hecho. Porque aunque concedamos que existe en el mundo una cantidad determinada de movimiento como razón próxima de los fenómenos de la naturaleza, por medio de cuya aplicación ó modificación acaecen estos fenómenos, este movimiento es tan *variado* como la materia que mueve ó es movida.

No menos desdichada es la apelación á la "ley, una. Ley no dice por de pronto más que uniformidad con que las cosas obran, y así no puede ser el fundamento de ninguna unidad de esencia. ¿Por ventura son una misma cosa el satélite de Sirio y la piedra que descende, por estar ambos sujetos á la misma ley? ¿Acaso debe existir una realidad idéntica que sea la razón próxima por la cual la piedra cae del tejado, y nuestro sol gira tal vez, con muchas otras estrellas fijas, alrededor de un sol central? ¿O no se encuentra más bien la razón efectiva de estos fenómenos en los cuerpos mismos separados? Lo cierto es—y hartó han insistido en esto los pensadores de la escuela antigua—que la grandiosa armonía de las leyes que abarcan todo el mundo es uno de los indicios de la unidad del autor del mundo. La ley no es ninguna guía que conduzca al monismo. En cuanto unidad, es una abstracción; en la realidad existe como pluralidad, fundada en la naturaleza de las cosas, que son muchas (núm. 158). Si logramos reunir más y más efectos heterogéneos bajo una ley, reducimos la ley á un término cada vez más general; esto es todo, y nada se tiene adelantado con ello en el empeño de juntar todas las cosas en una unidad real.

¹ El darwinismo y la ciencia natural, tomo II, pág. 175.

522. Con mayor apariencia de razón se alega, por último, para demostrar la unidad esencial y substancial del universo, la *unidad del plan y fin*, á cuya realización concurren todas las partes del mundo en armonioso concierto. Recuérdase cómo la tierra se encuentra en estado de mudanza continua, y el agua recorre un círculo á través de fases constantes, y se dice que esta permanencia en la mudanza y esta periodicidad constituyen el tipo general de la vida; llámase la atención sobre la "conservación y perfección de la forma, mediante la mutación de las substancias", que se verifica, dicen, en todo el mundo, lo mismo que en el organismo animal y vegetal, y se encuentra en esto lo que llaman "el régimen de lo orgánico". ¿Qué hemos de replicar á esto? No se niega que el fin *uno* á que tiende todo el mundo con la armonía más admirable hace de él una sola máquina inmensa, cuyas diferentes partes están ordenadas la una á la otra para la ejecución de un trabajo común. Cierto es también que los movimientos en el mundo no se efectúan exclusivamente por impulso ajeno, como si el dedo de Dios lo hiciera girar de la manera que la mano del astrónomo mueve el planetario, sino que las causas de los movimientos están ingénitas en las cosas mismas; de suerte que, permaneciendo por cooperación *propia* y leyes *propias* en los derroteros que la mano del Omnipotente los señaló en el principio del mundo, despliegan ahora por movimiento *propio* el grandioso orden del universo.

Mas todavía no hemos dicho bastante, pues la unidad del mundo es más intrínseca que la de una máquina. La unidad de la máquina es artificial; la del mundo es natural, y á causa de esta naturalidad de la conspiración de todos los movimientos del mundo que no tiene nada de forzada, podemos hablar en cierto sentido de una unidad *orgánica*. En la máquina, el orden con el cual trabaja es impuesto á las cosas, que por sí solas no lo producirían; cuando á personas aficionadas á la Poesía les da por hablar de la disposición del hierro para la máquina, esta disposición no es de todos modos más que negativa, á saber, por cuanto esta materia no es refractaria á la construcción de un aparato mecánico. La forma de la máquina es completamente ajena á la materia, y ésta es del todo indiferente con respecto á aquélla. Muy de otra manera se han las cosas en la naturaleza. Todas las substancias de la naturaleza están dispuestas positivamente para la constitución del universo; las diferentes cosas existen *por sí* una para otra, com-

¹ Así se lee en C. F. BURDACH, *El hombre según los diferentes aspectos de su naturaleza*. Nueva edición, 1854, pág. 127.

² *Filosofía de lo inconsciente*, pág. 308.

pletándose mutuamente. Por esto la forma del universo no es indiferente á las partes de que se compone; antes la naturaleza íntima, la esencia más profunda de las cosas naturales, se refieren al universo al modo como el pie y la mano indican el organismo uno de que son partes. Así como la forma y llama de la rosa resultan tan naturalmente de la actividad del rosal, el encanto de un paisaje que luce sus hermosas galas de primavera, la majestad armoniosa del cielo sembrado de estrellas y la del universo todo se originan, por modo espontáneo y natural, de la concertada acción de las cosas del mundo, desde la estrella hasta el átomo. Y por la razón misma de que la unidad cósmica, con sus maravillas sin cuento, brota, por decirlo así, como el agua de la fuente, de la esencia y acción de las cosas singulares, el universo tiene, en efecto, cierta analogía con las cosas vivientes que echamos de menos en la máquina. Esta unidad orgánica fué explícitamente reconocida por los pensadores de la Edad Media ¹.

523. No obstante, justifican los hechos indicados el aserto de que el mundo es realmente *un ser, una substancia, un organismo*? Nada de eso. Semejante unidad no debe afirmarse sino allí donde la aspiración indivisa y concorde á un fin parte, como unidad indivisa, de la realidad en que se muestra. Tal es el caso en la planta y el animal, donde todo indica que la tendencia una dominante en los diversos procesos, y el plan que abraza la totalidad, tienen su razón de ser en el *substratum* animal y vegetal mismo. Tenemos que reconocer al organismo un principio immanente en él, puesto que vemos que posee, no solamente un desarrollo interno ó crecimiento, sino también una capacidad ilimitada de propagarse y de reparar del modo más conveniente los más diversos desórdenes casuales que en él ocurren. No sucede así en el universo. Tampoco aquí es imposible desconocer que los diferentes procesos están ordenados con arreglo á un plan común; pero todo indica también, sin necesidad de interpretaciones violentas, que no es el mundo el principio de donde parte la tendencia á la ordenada síntesis del universo, sino que, así como en los fuegos artificiales las diferentes piezas despliegan un efecto harmónico conforme á la disposición del pirotécnico que las combina y enciende, así resulta en la evolución cósmica el orden indiviso del universo de manera parecida, ó sea sin que las substancias, como seres parciales de *un ser* universal, lleven en sí mismas la tendencia á este orden y á aquella unidad.

¹ «Universal partes, dice el Aquinatense, inveniantur ad invicem ordinate esse quasi partes animalis in toto, que sibi invicem deserviant. Talis autem coordinatio plurimum non est, nisi unum aliquod intendat. Ergo oportet esse unum summum bonum ultimum, quod ab omnibus est desideratum, et hoc est primum principium» (Cl., 2. dist. 1, q. 2, a. 1.)

Háse dicho que el hombre es la piedra de toque para conocer si una filosofía es verdadera ó falsa. Ea, pues; hagamos aquí uso de esta piedra de toque. ¿Quiere verse un ser uno con unidad de esencia, ó sea un organismo solo, en todo el universo? Pues en tal caso cada hombre, como cada animal ó piedra, viene á ser un fragmento del mundo, guardando la misma relación con éste que la de un hueso ó una uña del dedo con el cuerpo entero: sería, pues, un pedazo, un ente parcial. Pero la experiencia, tanto externa como interna, prueban que el hombre es un ser personal y subsistente por sí mismo. En la vida de la razón sobresale la actividad toda del hombre; la vida de la razón saca á cada individuo humano, como ser acabado en sí, de entre las cosas de que vive cercado, le pone enfrente de las demás cosas con perfecta subsistencia, y hasta lo levanta sobre todo el universo material. Solamente aquel que cierra obstinado sus sentidos al mar de hechos manifiestos á la humanidad puede llegar á aferrarse en la ilusión de que los diferentes hombres y cosas naturales no son más que fragmentarios pedazos orgánicos ó diminutos órganos de un organismo universal. Luego el universo no es ningún organismo.

El organismo y el universo convienen en que todos los procesos que interesan al químico y al físico acaecen en virtud de fuerzas físicas y químicas. La diferencia que hay entre ellos es que en el ser *orgánico* el quimicismo el y fisicismo son animado por *una tendencia interna* que sustenta con firmeza la elaboración, perfección y conservación del todo, que combate los desórdenes que perturban y los impedimentos que retardan la marcha regular de su desarrollo, y hasta cura las heridas que el disfabor de las circunstancias le infiere, mientras que allá fuera, en el universo, todas las cosas aspiran al orden del mundo de modo parecido á aquel con que la flecha disparada vuela hacia el blanco adonde apuntó el tirador; pues cuando éste encuentra en su camino un obstáculo cualquiera, abandona su dirección sin mostrar rastro de empeño immanente por volver á entrar en la línea que la conduciría al blanco.

524. Vamos á recapitular lo dicho teniendo ante los ojos las diversas especies de unidad que es necesario distinguir, que son la unidad física, la metafísica y la lógica.

En general, una cosa es una por cuanto es indivisa en sí y segregada de toda otra. La línea no es una sino cuando no está dividida en sí, ni es una sección de otra línea más larga.

La unidad física se refiere al *ser* real y concreto de un ente ¹.

¹ «Unum est, dice SANTO TOMÁS, quod est indivisum in se et divisum ab aliis. Cum unum quodque autem creatum per essentiam suam distingatur ab aliis, ipsa essentia creati, secundum quod est indivisa in se et distinguitur ab aliis, est unitas eius» (1. dist. 19, q. 4, a. 1 ad 4.)

De dos maneras puede ser uno el ser: primera, por no tener parte alguna, poseyéndose á sí misma toda entera; ni poder ser dividida bajo ninguna suposición (*unitas simpliciter*); segunda, por no estar de hecho dividida en partes aunque fuera posible dividirla. Lo uno indivisible suele llamarse simple; respecto de lo uno divisible se habla de la "unidad de composición", (*unitas compositivnis*), no como si se quisiera afirmar que tal "uno" se había formado *siempre* mediante la composición de partes ya existentes, sino para significar que el todo tiene su ser difuso de manera tal que puede ser resuelto por división en una pluralidad actual; en otros términos: que el todo tiene partes potenciales que pueden llegar á ser actuales. Lo uno compuesto puede ser *simplemente* ó sólo *accidentalmente* uno (*unum per se y unum per accidens*). La unidad simplemente dicha posee su razón de ser en una entidad indivisa; la otra, la relativa ó accidental, empero, la tiene en la existencia de muchas entidades. Aquella, ó bien se limita á la unidad de masa ó cantidad (*unitas molis ó continuitatis*), ó bien es además unidad de esencia (*unitas essentiae*). Una por esencia es aquella cosa que contiene ni más ni menos de lo que requiere su naturaleza para que esté completa, y esto de tal modo que sus partes se completan concurriendo á una sola acción indivisa. Tal es, por ejemplo, la unidad de todos los seres orgánicos merced á la unión del cuerpo con el alma. El alma no solamente mantiene unidas las partes del organismo, sino que determina también el ser que corresponde á cada una de ellas como á parte integrante de este todo.

La unidad *per accidens* se encuentra donde quiera que muchas cosas están reunidas de cualquier modo que fuere,—ya por un lazo natural, ya por mera coexistencia ú otra cosa en la cual convengan, ya por origen común—y, por tanto, se presentan como una por algún concepto, mientras que las que carecen de semejante vínculo son consideradas como muchas.

Queda explicada la unidad física. Ahora vamos á ver que aun aquello que es físicamente múltiple puede llegar á ser uno, primero en nuestro pensamiento, segundo, también en cierto modo en la realidad. Cuando pensamos como uno lo que de por sí es múltiple, obtenemos la unidad lógica y aun la metafísica, según que esta unión realizada en nuestro pensamiento posee un fundamento ó sólo en nuestro acto de pensar ó también en las cosas mismas.

Hay además otra unidad que no solamente tiene fundamento en las cosas, sino que existe también como unidad sin ser unidad física, y es aquella especie de unidad que suele llamarse *ética*. La unidad ética estriba en la unidad del fin ó en la comunidad de leyes,

ó bien, cuando de personas se trata, en la comunidad de deberes y derechos mutuos, como sucede en las familias, en el Estado, en la humanidad.

Después de hacernos cargo de estas advertencias preliminares, planteemos la cuestión en estos términos: ¿Qué especie de unidad debemos reconocer al mundo? Y contestamos:

El mundo posee una unidad *física* por cuanto *a)* todas las cosas del mundo están en contacto sin estar separadas unas de otras por intersticios donde no haya nada; *b)* todas las cosas constan de los mismos elementos materiales; *c)* puede verificarse entre las cosas singulares una mutación substancial, ó sea una transformación de la substancia; *d)* las fuerzas naturales convienen bajo el concepto mecánico: de modo que es lícito, conforme á la teoría de la equivalencia, hablar de una provisión de fuerzas común á la totalidad del universo; *e)* todas las cosas deben ser consideradas y reconocidas como obras de una sola causa primordial; *f)* hay leyes á las que están sujetas todas las cosas, siquiera sea de advertir que esta unidad, fundada en la comunidad de leyes, puede con más razón ser designada como ética.

La unidad *ética* del mundo se funda en los hechos siguientes: *a)* de la acción cooperativa de innumerables seres resulta un orden que los abraza todos; *b)* todas las criaturas tienen un fin común; *c)* á pesar de la variedad de sus especies se prestan unas á otras activo auxilio para que todas alcancen aquel fin.

Una unidad *lógica*, ó más bien *metafísica*, debe verse en la circunstancia de que las cosas mismas ofrecen á la inteligencia los datos necesarios para formar de ellos un sistema de géneros y especies, y conocer en todos ellos la conveniencia en el ser. Aquello respecto de lo cual muchas cosas concuerdan, indica un origen común. Luego por concordar todas las cosas respecto del ser deben provenir de una causa primera que les haya dado el ser á todas ellas.

Dios mismo es, observa con razón KLEUTGEN¹, el principio por quien la universalidad de las cosas tiene unidad. Mas por lo mismo no lo es como alma del mundo, sino porque ha dado á todas las cosas con la palabra de su omnipotencia la naturaleza peculiar á cada una, y con ella las fuerzas y leyes según las cuales obran, porque las conserva y habilita para que obren, y es buscado y anhelado por todas ellas como bien supremo y fin común; por estas razones la unidad del universo es *ética* en el sentido más propio de la palabra, y *orgánica* solamente en sentido figurado.

¹ *Filosofía antigua*, núm. 790.